LOS VALORES DE LOS JÓVENES ESPAÑOLES DE HOY

Autor: *Javier Elzo Imaz. Catedrático de Sociología en la Universidad de Deusto.*

De forma clara y concisa Javier Elzo nos introduce en la noción de valor, su visibilidad por contraste y su vigencia; en los valores que viven los jóvenes hoy y en la dimensión religiosa en esta generación no socializada religiosamente.

ESTUDIOS

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v49i167.846>

Vamos a abordar en estas páginas tres cuestiones. En primer lugar, y de forma sucinta, como solemos abordar desde la sociología empírica la cuestión de los valores. En segundo lugar, responderemos al título de este artículo ofreciendo, al modo de síntesis cualitativa, cuales son los valores básicos de los adolescentes y jóvenes de la España actual en base a nuestros trabajos. En tercer lugar, unos apuntes sobre la dimensión religiosa, básicamente, intentando responder a la cuestión de qué es, qué significa, para un joven de hoy, ser una persona religiosa.

Este texto es una prolongación de otros que hemos realizado en los últimos tiempos. Es una forma de trabajo acumulativo sobre temas que nos ocupan, algunos, ya más de veinte años. De ahí que algunas cuestiones estén ya publicadas y otras sean inéditas en la redacción que aquí presentamos.

1. El estudio de los valores en la sociología empírica

Desde hace más de un siglo, los valores parecen haber perdido una estabilidad e institucionalización que se había mantenido durante siglos. Se empieza a percibir que los valores se ponen en tela de juicio, que las conductas de algunas minorías contradicen abiertamente los valores considerados como definitivamente establecidos. Entonces es cuando se empieza a hablar de la “crisis de valores”. Lo que antes se daba por sabido y todo el mundo se atenía a ello sin discutirlo, se convierte en objeto de discernimiento que obliga a todo el mundo a tomar partido: o se mantiene la vigencia del valor en discusión o se prescinde de él. Esto es justamente lo que significa la palabra griega crisis, a saber discernimiento. Por así decirlo, el tema está planteado.

Los valores se convierten en objeto de discusión, y lo que antes se aceptaba como elemento de la realidad en que se vivía –hasta el punto de estar interiorizado como parte de la propia personalidad– comienza a revisarse, para decidir, individual y socialmente cuáles valores mantienen su vigencia y cuáles la pierden.

Durante siglos, se habían compartido unos valores de los que, por así decirlo, no se era consciente. La nueva situación lo que hace es despertar a la conciencia la existencia de unos valores, y someterlos a juicio crítico. Esto tiene dos niveles de manifestación: uno, la reflexión intelectualmente elaborada, y otro, la interioridad de todo individuo al que las circunstancias sociales ponen en la tesitura de tener que decidir. El primero tiene su expresión en la obra filosófica de autores diversos, como Nietzsche, que a modo de clarinazo proclama “la inversión de todos los valores” y su inevitable propuesta, a partir de este planteamiento, de una moral más allá del bien y del mal. Esta formulación intelectual del problema tardará en calar en toda la extensión de la población, y en sus primeras manifestaciones quedará como bandera de minorías. Pero planteada intelectualmente la cuestión, de la esfera de algunas minorías intelectuales pasará a permeabilizar en una u otra medida a toda la sociedad, tomando cuerpo como “crisis de valores”, expresión que todavía se utiliza hoy.

Ahora bien, ¿qué son valores? Para un estudio reciente de las diferentes acepciones y utilizaciones de los valores remitimos al trabajo de Pedro González Blasco en la II Jornadas de Sociología en la Uni-

versidad de Deusto. (Ver bibliografía). Limitémonos aquí a unos breves apuntes. En una primera aproximación cabe decir que en los ámbitos de la filosofía y la sociología se entiende por valores las definiciones de lo bueno y de lo malo, de lo aceptable y de lo rechazable, de lo admitido y de lo prohibido, de lo que hay que hacer y de lo que hay que evitar. Esta definición puede parecer a primera vista muy abstracta, pero deja inmediatamente de serlo cuanto nos damos cuenta de que esas definiciones de lo bueno y de lo malo se incorporan al contenido de las actitudes individuales y las ponemos de manifiesto en nuestra conducta externa cuando interactuemos con los demás miembros de la sociedad a la que pertenecemos. En cuanto a miembros de una sociedad nos comportamos de una manera pautada o normalizada es decir, que responde a una norma, y los demás, en interacción con nosotros, esperan que nos comportemos de acuerdo con esa norma, porque los valores y las normas de ellos son compartidos por todos los miembros de la sociedad. Cuando los valores no se discuten y se encuentran interiorizados por todos los miembros del grupo, la correspondencia entre lo que uno hace y lo que otro espera que se haga es casi mecánica. Esta conducta es perfectamente observable, y por ello el carácter abstracto de los valores deja de serlo cuando se incorporan a las acciones desplegadas en la interacción de la sociedad. En este sentido, los valores han sido siempre visibles, aunque no fueran objeto de reflexión intelectual o de discernimiento intelectual. Lo que pasa es que cuando la correspondencia es, según hemos dicho, casi mecánica, no se es consciente de los valores que están en la base de estas conductas. Por eso hemos dicho que los valores empiezan a “verse” –queremos decir, intelectualmente– cuando esa correspondencia no se da, porque los valores de uno y otro de los actores pueden no ser los mismos y, en consecuencia, la conducta de uno puede no ser la esperada por otro, o también, la respuesta del otro puede no ser la esperada por el que ha actuado de la manera que él ha estimado que era la correcta.

Esta primera acepción del término valor nos lleva a otra, íntimamente relacionada con la anterior pero que quizás permita ver mejor la concatenación entre los valores, las normas y el comportamiento. “Valor” cabe entenderse como un criterio de acción social al cual se adhiere de forma más emocional que meramente racional (lo que no quiere decir en absoluto que se trate de algo irracional), y que no es

puesto en duda a corto plazo. Puede tratarse de valores individuales o de valores colectivos según el sujeto personal que adopta tales valores. Es importante esta distinción en un momento, como estamos señalando desde el comienzo de estas líneas, en que resulta difícil hablar de valores universales, en el sentido de admitidos por toda una sociedad, determinada por criterios geográficos.

En el mismo sentido cabe hablar de ‘Normas’ como criterios de acción social que son adoptadas, sea por un individuo, sea por la sociedad en su conjunto (o por colectivos determinados de la sociedad), criterios que son el resultado de una decisión meramente racional, y que pueden ser puestos en duda, luego modificables, a corto plazo. Normalmente hay relación directa entre los valores y las normas, así como entre estas y las conductas o comportamientos consiguientes. Veamos un ejemplo simple. Un individuo (o grupos de individuos, o una sociedad entera) puede adoptar ante la circulación rodada, como criterio de acción social, la “seguridad” frente a otro que adoptara la “rapidez”. Lógicamente en razón del valor “seguridad” se adoptarán determinadas normas, por ejemplo, de limitación de velocidad que serán distintas a las que se adoptarían si hubiera sido el valor “rapidez” el retenido. Asimismo todo ello tendrá traslado en el comportamiento consiguiente.

La denominada crisis de valores es, por tanto, crisis en la definición de lo bueno y de lo malo, y lo es en dos sentidos: uno, en que esas definiciones dejan de ser las mismas para todos los miembros del grupo; unos tienen unas definiciones y otros, otras; en consecuencia no se da la articulación mecánica, o casi mecánica, y la situación puede ser realmente crítica.

Dos, no se trata de una definición de lo bueno y de lo malo, sino de matizaciones, en que sin haberse perdido totalmente la vigencia de unos valores se trata de hacerlos compatibles con conductas que a primera vista los contradicen, pero que para sus actores no lo son; así se daría lugar a una correspondencia ambivalente o ambigua. Finalmente, cuando hablamos de valores compartidos o comunes, planteada la crisis de valores, tenemos que tener en cuenta hasta donde llega el grado de lo compartido o lo común: si abarca a toda la sociedad, o a solo segmentos de ella, o si en el caso extremo el valor (tal valor determinado que a lo mejor ha estado vigente durante mucho tiempo)

es ya sólo patrimonio de un escaso número de individuos e, incluso, de un individuo aislado. Puede también darse el caso, nada infrecuente, de que grupos concretos tengan valores antagónicos entre sí, sea de forma total (situación prácticamente imposible en una misma sociedad) sea en un mayor o menor número de valores, o de sistemas de valores, siendo esta la situación más frecuente en nuestras sociedades actuales.

La relación entre valores y normas, de un lado, y de estos y la conducta, nos sitúa en el plano de lo que puede ser investigado empíricamente. Todas las cuestiones enunciadas en los párrafos anteriores pueden ser objeto de investigación empírica: cuáles son los valores vigentes en una sociedad, qué cambios de valores se están produciendo, hasta qué punto son comunes los valores en una sociedad, qué grupos o individuos mantienen la vigencia de los valores anteriores y cuáles proponen los nuevos, cuáles son los valores en los que realmente cree la gente, cuáles son las imágenes de la sociedad que se ofrecen en los medios de comunicación en comparación con lo anterior, qué cambios de valores son propios de la sociedad como tal o cuáles se están forzando desde el poder político, etc.

2. Un ensayo de los valores principales de los jóvenes

Como he indicado abriendo estas páginas, nos hemos ocupado repetidamente de esta cuestión en los últimos años. Es un tema que abordo continuamente de forma acumulativa y selectiva adaptando mi reflexión a los últimos estudios, por un lado, y al objeto de cada revista o foro concreto, por el otro. Señalaría aquí estas cuestiones.

1. Se ha dicho muchas veces que los jóvenes son *apolíticos*. Y los datos que encontramos en los trabajos sociológicos parecen avalarlo. Pero cabe preguntarse si el apoliticismo de los jóvenes en realidad no habría que entenderlo desde, al menos, dos claves complementarias: por un lado su acentuación por el mundo proxémico, por el pequeño relato, el presentismo, los problemas en lo cotidiano etc., y por el otro en la incapacidad que ellos perciben del mundo de lo político de resolver el problema que más les importa, a saber, la perspectiva del paro a medio plazo, y su sensación de exclusión social en el presente, bajo formas diversas, sea “aparcados” en la enseñanza, sea en modos de diver-

sión alejados, sea, incluso, bajo la forma de ser “jóvenes-objeto” de dádivas, atenciones obsequiosas, estudios más o menos sesudos (como el presente texto, que no leerán más de cuatro), prédicas de todo tipo...al par que, salvo unos pocos, la mayoría viven en “stand by”, muchos, demasiados años, cobijados en el techo (nicho dicen otros) familiar.

2. Tienen unos *equipamientos materiales* como generación alguna ha tenido, unas posibilidades de estudio, a bajo costo y con escasa exigencia, inéditos. Tienen consejerías, concejalías, institutos y demás entidades específicos para la juventud, por doquier. Nunca se han construido más equipamientos juveniles que estos años. Tienen descuentos (como los mayores, dicho sea de paso, cuyos análisis tienen muchos aspectos comunes con los estudios de la juventud) en mil sitios o circunstancias. Para viajar por ejemplo. Se dicen razonablemente satisfechos, contentos con su familia, con la escuela, con sus amigos y, los estudiantes, hasta con sus profesores. Aunque consideren el paro como el principal problema, de hecho se nota ya que sienten menos angustia ante el futuro que los jóvenes de no hace más de cinco años. Además ya sabemos que, dado el bajón de la natalidad española los jóvenes españoles son cada vez menos numerosos, en un momento de bonanza económica.

3. Otro rasgo central es del *individualismo* teñido de búsqueda de autonomía como valor fundante de lo bueno y lo malo, de lo útil e inútil, de lo que sirve y lo que no sirve, todo ello braseado, preferentemente, en el grupo de pares, de amigos o, al menos compañeros, entre los que destaca muy frecuentemente un líder, conformando así, de alguna manera, sus grupos de referencia (pues pueden ser más de uno).

4. La aceptación del *pluralismo* y la actitud básicamente tolerante ante el diferente aunque en este punto haya de hacerse dos matizaciones importantes. Por un lado la dificultad de separar en muchos momentos la tolerancia en lo que supone de respeto al “otro”, en tanto que “otro”, de la indiferencia por el distinto con tal de que no me moleste. Junto a ello está muy extendido el principio, (el valor justamente), de que todo es opinable, de que todas las ideas se valen con tal de expresarse y defenderse sin violencias. Esto es reflejo de la confu-

sión existente entre el *relativismo* del “todo vale” y la *relatividad* que se opone a la pretensión de la verdad única, de la verdad absoluta. La segunda matización importante a señalar aquí es que en algunos segmentos estadísticamente importantes de los adolescentes y jóvenes españoles (y más entre los primeros), en consonancia con sus coetáneos europeos, está emergiendo una actitud autoritaria que no dudo en calificar de racista. *Volveré a este punto más abajo.*

5. La dificultad de proyectarse en el futuro así como la necesidad de vivir el presente a tope, sin diferir el gozo de lo deseado en cada momento. La única planificación posible es la semanal. El horizonte es semanal. *El tiempo normativo y el tiempo festivo.* Muchas veces he repetido que una de las notas de la sociedad actual es la acentuación de las diferencias entre el tiempo de trabajo/estudio y el tiempo de ocio: un tiempo, el del trabajo, normativizado, en el que es preciso mantenerse en forma, estar ágil, presto, “performativo”, con la vista puesta en el fin de semana que, por contra, es percibido como el tiempo libre o para ser más exacto, un tiempo que se pretende libre, ausente de normas, pero que, como ilustra muy bien el modo de diversión de muchos jóvenes, el exceso puede convertirse en la norma y hacer aparecer como extraños a los que se salen de la norma del exceso. Esta compartimentalización del tiempo cronológico, unido a la diferente valoración del tiempo de trabajo como un tiempo penoso e irritante frente al pretendido tiempo libre, el tiempo festivo, que es percibido, más verbal que realmente, como el tiempo feliz me parece, lo repito, dentro de su aparente banalidad, una de las grandes trampas en la que estamos enfrascados en estos tiempos.

6. Se sienten y, cuando se les pregunta, *se dicen libres, pero no están libres.* Tienen fuertes ataduras con la familia de origen y viven muchos años, demasiados años, en la dependencia familiar, escolar, social, experimentando en lo que quieren, pero sin la responsabilidad de tener que dar cuenta de lo que hacen. Nunca tantos jóvenes han tenido tantas posibilidades de construir sus esquemas referenciales, sus propios valores, hasta sus propios proyectos de vida. Nunca estos proyectos han estado menos determinados por su familia de origen, lo que no quiere decir, en absoluto, que no estén muy condicionados por la

impronta familiar. Quiero significar que nunca generación alguna ha sido tan autónoma, con un horizonte menos predeterminado, más abierto. Esta es su ventaja y su riesgo. De ahí que algunos dirijan empresas u ocupen altos cargos rozando la treintena y otros traspasen esa edad descolocados, desbrujulados, los más afortunados viviendo de sus padres, los otros, sencillamente malviviendo, errando, la mayoría de los jóvenes estando en medio de ambos polos. Todo se juega en el itinerario personal, en el tránsito individual de la adolescencia a la vida adulta, precisamente en la juventud.

7. Los jóvenes de hoy no quieren otra revolución que la de todos los días, la que les haga sentirse mejor en su piel, más cómodos, más asentados, más felices. *Son presentistas*. Pero de ahí no se concluya que sean egoístas, por utilizar por comodidad de expresión un término moralista que a menudo se les aplica, demasiado rápidamente. En efecto estos jóvenes no aceptan la injusticia, son solidarios, puntualmente solidarios es cierto aunque, de hecho, algunos no dudan en “perder” uno o dos años de su vida para irse, por ejemplo, a América latina en un programa de cooperación al desarrollo, o trabajar por implementar el 0,7% en España, protagonizar en Euskadi la revuelta contra ETA y los suyos, acabar con el servicio militar obligatorio y demás alternativas paramilitares... Son los jóvenes los que en mayor grado aceptan al diferente, sea bajo la forma de singularidad sexual, (así con los homosexuales, autentica revolución en la normalización de las prácticas sexuales) sea como consecuencia de haber contraído alguna enfermedad problemática, (así con el SIDA), sea con los emigrantes, las gentes de otra raza etc. Es verdad que hay un riesgo evidente de aumento de actitudes xenófobas en la sociedad española. También en su juventud, pero hay que añadir, a renglón seguido, que son los jóvenes los más receptivos, cuando no los propulsores de muchas políticas de mestizaje social y cultural. Más aún, no creo equivocarme si digo que el gran dilema de conjugar el mantenimiento de la historia y de la tradición, de la singularidad regional o nacional propias con la globalidad y uniformidad planetaria así como con el aumento inevitable de la inmigración se a va resolver, en gran medida, en la práctica consuetudinaria de los jóvenes, en el intercambio universitario, en los desplazamientos laborales, en los viajes, en los chats de Internet, en una prác-

tica cada día mayor de encuentros, lazos, intercambios etc. No en todos los jóvenes. No en los “retraídos sociales” de nuestra tipología de “Jóvenes Españoles 99”. Pero estos están “out”... aunque siempre potencialmente peligrosos.

8. A pesar de lo antes señalado quiero decir que otro rasgo central de estos jóvenes es el de su *implicación distanciada* respecto de los problemas y de las causas que dicen defender. Incluso en temas frente a los cuales son adalides, como el ecologismo y el respeto por la naturaleza por señalar un caso paradigmático, no puede decirse que conforme, salvo en grupos muy restringidos, un campo de batalla, una utopía sostenida en el día a día, en la acción libremente decidida a la hora de ocupar las preocupaciones y el tiempo disponible. Siempre he pensado que en la utilización del tiempo libre durante los fines de semana el problema mayor no está (aunque también) en la ingesta abusiva y compulsiva de alcohol y otras drogas con las consecuencias sabidas, sino en una especie de autismo social, aderezado de fusión orgiástica de pares, que los deja tirados al día siguiente para hacer algo de lo que dicen que es fundamental en la vida y que solamente puede llevarse a cabo durante las horas diurnas.

9. En el ámbito institucional es cada día mayor la *aceptación de la familia* de origen, no solamente como “fonda gratuita” sino también como espacio de convivialidad buscada y, en gran medida, correspondida. En el futuro también se proyectan en un ámbito familiar (todavía mayoritariamente en un matrimonio canónico, por toda suerte de razones en las que no puedo entrar aquí) y si no se liberan antes de la “fonda” es por tres razones: por la precariedad del empleo, por la carestía de las viviendas y, especialmente los que provienen de clase sociales medias y altas, porque difícilmente podrían empezar su vida emancipada en el mismo o similar nivel de vida de su familia de origen. Dedicaremos unas reflexiones sobre el papel de la familia más adelante.

10. Una adolescencia abierta a toda suerte de sensaciones sensitivas, emocionales, con aceptación del “riesgo festivo” y con una gran dificultad para admitir cualquier tipo de límite. La *ausencia de límites*

está muy relacionada con la ausencia de normas, y la ausencia de normas no es sino la consecuencia, a su vez, de la inexistencia de referentes firmes y de esquemas de legitimación que hayan propiciado una socialización sólida. Para un gran número de jóvenes los únicos límites plausibles, durante el tiempo libre, son los que provienen de su cuerpo y de su (pretendido) libre albedrío, lo que llama Paul Valadier, la “moral libertaria”. El cuerpo, esto es, lo que aguante su cuerpo, por un lado y las ganas, la apetencia o inapetencia del momento, su estado anímico, “me gusta o no me gusta”, por el otro, son los únicos criterios por los que el límite puede ser pensable. Fuera de estos dos factores todo límite es entendido como una imposición arbitraria ordenada por el mundo de los mayores.

11. Los jóvenes propugnan con mayor énfasis las “virtudes públicas” que las “virtudes privadas”. Así la permisividad cívica es cada vez menor (con la excepción de las molestias que originan los fines de semana) al par que son más tolerantes con la mayoría de las virtudes privadas, como el aborto, el suicidio (en alarmante crecimiento), la eutanasia (que lleva años siendo más legitimada que el aborto) y el divorcio, pero lo son cada vez menos con las “aventuras fuera del matrimonio”, dato este que siempre he interpretado como la de una implícita demanda de fidelidad, de norte y hasta de seguridad.

12. Una *concepción utilitarista del trabajo* que se les aparece, casi exclusivamente, como un medio de inserción en la sociedad y no como medio de realización personal. En efecto, el trabajo es percibido como mero valor utilitarista que tiene como único objetivo la adquisición de medios (ganar dinero dicho lisa y llanamente) con el objetivo de poder disfrutar la fiesta. El trabajo no es elemento de realización personal sino simple exigencia de integración social, condición “sine qua non” de seguridad vital. Empieza a no ser plausible, esto es del orden de lo socialmente pensable, proyectarse en el trabajo como modo de realización personal habiendo desplazado al tiempo libre, al ocio, esa facultad de realización personal, con lo que hemos evacuado al ocio de lo que tenía de más espontáneo, más libre, más poético, haciéndolo prosaico y banal. El ocio, particularmente en las personas adultas, es ya mero consumo, un producto más de consumo, incluso,

en las sociedades más avanzadas “el” consumo por excelencia. El trabajo es percibido como un bien, menos escaso que antaño aunque más incierto, que hay que proteger pero del que no se piensa extraer ningún tipo de recompensa más allá de la meramente económica. El trabajo se convierte así en una maldición, pero en una maldición terrena luego con el agravante de ser absolutamente imprescindible. No extrañará, en consecuencia, que para los que no tengan trabajo a la hora de buscarlo lo más importante sea encontrar un “trabajo seguro que no comporte riesgos de cierre o de desempleo” bien por delante de “hacer un trabajo importante que le haga sentirse realizado”. Y no hay que olvidar que España es el país de la Unión Europea en la que la tasa de paro juvenil sigue siendo de las elevadas.

13. Una adolescencia reacia al discurso racionalizado, construido intelectualmente y con cierto grado de conceptualización. Es claramente la *supervaloración de la emoción sobre la mera razón*, la percepción sobre la racionalización a diferencia de las generaciones precedentes que han infravalorado lo sensitivo y emocional a favor y en aras de la mera racionalidad e, incluso, de la racionalidad científico-técnica en la reciente modernidad secularizante. Hoy necesitamos, más que nunca dada la globalización en la que nos encontramos, una formación que ayude a construir una “inteligencia sentiente”. Los adolescentes deben estar intelectual y emocionalmente armados para situarse en la complejidad de la vida contemporánea. He dicho intelectual y emocionalmente armados porque una de las fallas de la formación es que se ha dado demasiada importancia a un tipo de razonamiento científico-técnico tenido como el único válido al par que hemos minusvalorado, cuando no despreciado, la dimensión sensitiva y emocional de la persona que es también parte fundamental para el conocimiento integral de las cosas. De ahí la necesidad de la “inteligencia sentiente”, una inteligencia integradora de la razón abstracta y de los sentidos y sentimientos que conforman la riqueza de la persona humana. Así los adolescentes podrán dar cuenta razonada de sus actos, sentimientos de pertenencia, fidelidades, etc. y sentirse emocional y sensitivamente integrados en la parcela geográfica, histórica, cultural etc. en la que les ha tocado hacer y construir su historia, sin temor al diferente, más bien sabiendo que con su contacto se van a enriquecer mutuamente.

14. Ya hemos dicho que estamos ante una juventud que valora por encima de todo lo próximo, lo cercano, lo local, la pequeña historia, en lugar del proyecto de futuro, del gran relato, de las grandes cuestiones sociales y políticas. *Son proxémicos*. Hace años, con motivo del estudio de Jóvenes Españoles del año 89, de la fundación Santa María, señalaba que los jóvenes querían insertarse, aun críticamente en la sociedad, a diferencia de la generación anterior que pretendió cambiarla, e incluso algunos, los más pudientes, los de clase social más alta y sin problemas de empleo y dinero, pretendieron cambiarla radicalmente. Los jóvenes del 99, ya lo apunté tímidamente tras el estudio del año 94, han dejado de lado, no solamente toda ínfula revolucionaria sino también las demandas de integración social: sencillamente se saben dentro, aunque aparcados, en “stand by”. Además muchos se sienten felizmente aparcados, temerosos de pasar de la realidad virtual del nicho escolar y familiar a la realidad real de una intemperie competitiva, dura, ramplona y pesetera, en la que “el que vale vale y el que no al Indautxu” como decíamos metafóricamente en mi juventud para significar que uno no servía para el Athletic.

15. De todo esto concluiría con una especie de tesis de fondo: en muchos adolescentes de la España actual hay un hiato, una disonancia entre los valores finalistas y los valores instrumentales que con graduaciones muy diversas lo haría extensivo, al modo ideal típico weberiano, al conjunto. Los adolescentes españoles de finales de los 90 invierten afectiva y racionalmente en los valores finalistas, (pacifismo, tolerancia, ecología, etc.) al par que presentan, sin embargo, grandes fallas en los valores instrumentales sin los cuales todo lo anterior corre el gran riesgo de quedarse en un discurso bonito. Me refiero a los déficit que presentan en valores tales como el esfuerzo, la auto responsabilidad, la abnegación (que ni saben lo que es), el trabajo bien hecho etc. No quisiera que se diera de esta hipótesis una lectura moralizante, menos aún culpabilizante de los adolescentes, pues no pretende ser otra cosa que descriptiva y, en todo caso, meramente analítica. Siempre es peligroso, e injusto, transferir responsabilidades derivadas de los factores provenientes del entorno social hacia la psicología, hacia los niveles motivacionales de las personas físicas. Pero también es cierto, por el contrario, que diferir toda responsabilidad en los contextos socio

ambientales, “en la época en la que nos tocado vivir”, amén de una pereza intelectual no se ajusta a la realidad. No todos los adolescentes, incluso los que han crecido en condiciones comparables, y aquí introduzco la gran masa de adolescentes que conforman el colchón de la clase media española, reaccionan de forma similar y conforman su vida de forma similar.

Mi hipótesis apunta al hecho de que habiendo crecido en una sociedad en la que hay una cierta unanimidad en la formulación temática de algunos valores universales de rango finalista, sin embargo, el traslado de los valores instrumentales se hace de forma más dispersa produciendo así dislocaciones importantes en la formación integral de los adolescentes (eso que he denominado la inteligencia sentiente) dando origen en más casos de los deseables a adolescentes que se desenganchan de la carrera de la vida, vagando aquí y allá en búsqueda de un horizonte vital que ni siquiera lo pueden vislumbrar.

3. La dimensión religiosa: unos apuntes

Estamos ya de lleno ante una generación que no ha sido socializada religiosamente. No solamente no saben nada ni de fe ni de cultura religiosa, sino que ni sienten la necesidad de saber nada. Es un mundo que les es ya lejano, más aún, inexistente. *La pregunta religiosa ha desaparecido de su horizonte vital*. Este es uno de los puntos en los que observamos mayores diferencias en la evolución los datos de los diferentes estudios que llevamos realizando estos últimos años. Salvo cambios radicales, todo hace pensar que dentro de poco habremos de utilizar, aplicándola a España, la expresión que hace años leí en un texto de Touraine refiriéndose a su país como “la France ex-catholique”, al menos en la gran masa juvenil.

Pero la dimensión religiosa puede tener un papel central en las vidas de nuestros jóvenes y adolescentes. No puedo desarrollar en extenso este punto pero sí deseo apuntar tres puntos.

En primer lugar dar constancia de que la demanda de la dimensión religiosa en la juventud española en los últimos años, no ha descendido sino que parece haber aumentado, al par aumenta una desafección de la dimensión institucional de lo religioso. Ya el año 1994 en mis últimas líneas del capítulo sobre la religiosidad de los jóvenes

españoles en el Informe de la Fundación Santa María señalaba “como denominador común de la religiosidad juvenil la demanda de sentido, de utilidad, de respuesta a requerimientos personales y sociales más que el cumplimiento de determinadas normas cuyo contenido se les aparece, a lo mejor incomprensible, a lo peor caduco, irrelevante y no plausible. En este sentido la demanda a la Iglesia la sitúan claramente en el ámbito de lo religioso como eco y respuesta a las preguntas primeras y últimas, tanto a nivel individual y colectivo, y no como instancia normativa de códigos de conducta”¹, instancias, añadido ahora, de las que están, por otra parte, más que necesitados.

Todo esto es reflejo de una demanda de espiritualidad, de mística dirán otros, que manifiestamente la sociedad secular, por un lado, y las religiones históricas, en el caso español la Iglesia Católica, por el otro, tienen enormes dificultades en cubrir. Las razones o causas de este redimensionamiento son complejas y requieren tratamiento propio. He señalado que en lo que concierne a la sociedad secular parece haberse olvidado lo que ya Max Weber señalara al afirmar que lo meramente racional no agota lo humano. En efecto, hemos tardado demasiado en comprender que la secularidad está ya limitada en su propio proyecto y que estaba llamada a ser superada una vez reconocida la limitación del conocimiento científico-técnico como único modo de aprehender la realidad con la mentalidad asociada a este planteamiento que hacía decir que el modo de conocimiento religioso, e incluso el hecho mismo del fenómeno religioso, estaba abocado a la extinción en una sociedad moderna. La historia reciente está infirmando claramente este pronóstico. Incluso algunas derivas fundamentalistas de lo religioso que estamos presenciando en el actual presente pueden leerse como consecuencias de una determinada prepotencia de la racionalidad científico-técnica del mundo occidental que ha pretendido imponer un único modelo de progreso a todo el orbe terráqueo.

Respecto de la manifiesta dificultad de la Iglesia Católica para afrontar estas nuevas dimensiones de religiosidad, entre otras razones, cabe apuntar que al reto de una sociedad plural, en la que hay un oferta muy diversa de cosmovisiones, en la que los ciudadanos son, o pre-

¹ En el capítulo sobre “La religiosidad de los jóvenes españoles”, pág. 182 en J. Elzo (dir). “Jóvenes españoles 94”. Fundación Santa María. Ed. S.M. Madrid 1.994.

tenden ser, cada vez más autónomos, en la que la socialización se hace cada vez más al modo de la experimentación y no al modo de la reproducción, aún crítica, de lo transmitido por los agentes tradicionales de socialización, la Iglesia Católica, digo, sigue respondiendo, o al menos así es percibido por muchos sectores de la sociedad, sea como instancia más moral que religiosa cuando la demanda social es principalmente religiosa, sea presentándose como la única instancia poseedora de la absoluta verdad religiosa, haciendo, en consecuencia, que su mensaje aparezca cada vez menos plausible para los hombres y mujeres de la sociedad actual..

En segundo lugar vale la pena detenerse en cuales son, para los jóvenes, los *requisitos para decir de alguien que es una persona religiosa*. Para los jóvenes ser una persona religiosa quiere decir, y por este orden, creer en Dios, ser una persona honrada y con espíritu humanitario, en primer lugar, rezar aunque sea de vez en cuando y tener alguna práctica religiosa, en segundo lugar, mantener alguna ligazón con su Iglesia en tercer lugar y por último preguntarse por el sentido de la vida. Tener una práctica sexual acorde con la doctrina oficial de la Iglesia Católica así como aquiescer con su postura ante el aborto y la eutanasia, por el contrario, no aparecen como condiciones para ser una persona religiosa, más que para un número muy reducido de jóvenes. Están los datos en la tabla 1.

Tabla 1 Condiciones que se requieren, según los jóvenes, para ser considerado como una persona religiosa según edad y género. En %.

	Total	Género		Edad		
		Hombre	Mujer	15-17	18-20	21-24
Creer en Dios	78.3	77.9	78.7	83.1	76.6	75.8
Ser una persona honrada	45.2	43.5	47.0	43.8	44.0	47.3
Ayudar a los necesitados, marginados, excluidos, etc.	44.3	41.8	47.0	39.7	45.5	47.1
Rezar, aunque sea de vez en cuando	34.3	31.6	37.2	38.0	33.0	32.4
Tener alguna práctica religiosa como ir a misa, aunque sea de vez en cuando	28.2	27.1	29.4	30.7	28.4	26.2
Seguir las normas que establece la Iglesia	26.2	25.6	26.8	27.8	26.4	24.9
Pertenecer a una Iglesia	26.0	25.1	27.0	28.2	23.8	26.0
Preguntarse por el sentido de la vida	14.8	15.1	14.4	12.3	15.8	15.8
Casarse por su Iglesia	14.4	13.8	15.0	16.9	14.4	12.5
No aceptar el aborto y la eutanasia	11.2	11.0	11.4	11.2	9.7	12.4
No tomar drogas	8.2	7.7	8.8	9.3	7.9	7.9
No mantener relaciones sexuales completas hasta formar una pareja para casarse	6.2	6.1	6.2	6.2	6.2	6.2
Otra	1.0	1.2	0.9	0.4	0.9	1.6
NS/NC	1.5	1.6	1.3	1.1	1.9	1.4
N	3.853	1.966	1.887	1.188	1.162	1.503

Respuestas múltiples

Cuando abordamos las respuestas obtenidas según las variables sociodemográficas básicas de la edad y el género observamos que la tónica dominante es la de una gran igualdad en las respuestas independientemente de la edad de los jóvenes y de que estemos hablando de chicos o de chicas, aunque las chicas muy ligeramente ponen más condiciones, esto es, son más exigentes, que los chicos a la hora de considerar a una persona como religiosa. Estamos pues ante un fenómeno de generación que va más allá de la edad y del género de los jóvenes.

Profundizando en los datos (ver “Jóvenes Españoles 99”, capítulo de religión) constatamos que son los colectivos extremos, los auto-posicionados como católicos practicantes, en primer lugar, y los no creyentes/ateos, en segundo lugar, los que mayor número de condiciones han puesto, los que más aspectos exigen, para que una persona pueda considerársele religiosa, prueba de que son los más interesados por el fenómeno religioso. Asimismo los católicos no practicantes son los que menos condiciones ponen, prueba también, de que son los menos interesados por la dimensión religiosa. Me pregunto si no se puede decir de estos últimos que son católicos meramente nominales.

Vale la pena resaltar también que el seguimiento de las normas de la Iglesia es percibido en mayor grado, como factor identificador de la condición religiosa por los ateos que por los propios católicos practicantes. En la identificación religiosa, la Iglesia, la pertenencia a la Iglesia juega, conceptualmente, un papel más importante entre los no creyentes y ateos que entre los católicos practicantes. En consecuencia con lo anterior encontramos que la aceptación de las normas morales de la Iglesia sobre el aborto, la eutanasia así como sobre las relaciones sexuales fuera del matrimonio son más tenidas en cuenta por un joven ateo que por un joven católico a la hora de definir, conceptualmente, la religiosidad de una persona.

En fin, si realizamos un análisis más complejo encontramos cuatro grandes concepciones, que aunque *se solapan no se confunden*, a la hora de definir cómo haya de entenderse una persona religiosa, persona de la que se espera que tenga unos comportamientos determinados. La dimensión, que hemos denominado *moralista* de cumplimiento de determinados comportamientos concretos (aborto, relaciones sexuales, drogas), la dimensión *ético-humanista* (ayudar a los necesitados, ser honrado), la dimensión *eclesial* (deben seguirse las normas que dicta-

mine la Iglesia, así como pertenecer a una Iglesia), en fin, la dimensión más trascendente, más puramente *religiosa*, de la creencia en Dios, de la oración y de la práctica específicamente religiosa bajo la forma de asistencia al culto².

Elementos de bibliografía

a) Aproximaciones teóricas

– BOUDON Raymond. “*Pluralité culturelle et relativismo*”. Comprendre nº 1., PUF 2000, pag 311 y ss.

– ELZO Javier: “*Una radiografía de la sociedad española actual*” (páginas 9-41) en AAVV “La educación en valores”. Edit PPC, Madrid, 1.997 pp 247.

– ELZO Javier. “*Los jóvenes españoles y la Iglesia: una relación asimétrica*”. Sal Terrae, Abril de 1.999, (Tomo 87/ 4, nº 1.022). Páginas 289-307.

– ELZO Javier. “*Aspectos de la cultura juvenil*”. (páginas 95-118) en “Sociedad y drogas, una perspectiva de 15 años”. Edita FAD, Madrid 2002. 257 páginas.

– ELZO Javier. “*Para una sociología del estudio de los valores*”. (páginas 819-840). En “La Sociedad: teoría e investigación empírica. Libro Homenaje a José Jiménez Blanco. Edita Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid 2002. 1167 páginas.

– FERENCZI Thomas, (compilador). “*Quelles valeurs pour demain?*”. (textes du neuvième Forum “Le Monde”. ED. du Seuil. Paris. 1.998.

– GONZÁLEZ BLASCO Pedro. “*Reflexiones sobre los valores y su uso en sociología*”, en Kaiero A. (editor), “Valores y estilos de vida”, Ediciones de la Universidad de Deusto. Bilbao 1.994

– PINILLOS José Luis, “*El Corazón del Laberinto*”, Editorial Espasa, 1.997, 361 páginas

² En el estudio abordamos la cuestión mediante un Factorial de Componentes Principales con sus medias factoriales correspondientes. El lector interesado lo encontrará en las páginas 290 y ss.

b) Investigaciones e Informes sociológicos en el marco de los grupos europeo (EVS) y mundial (WVS) de estudio de los valores.

– ANDRÉS ORIZO F. y ELZO J. (directores), Ayerbe M., Corral J., Díez Nicolás J., González-Anleo J., González Blasco P., Setién M. L., Sierra L., Silvestre M., Valdivia C. *“España 2000, entre el localismo y la globalidad. La Encuesta Europea de Valores en su tercera aplicación, 1981-1999”*. Universidad de Deusto. Ediciones SM. Madrid 2000, 397 páginas *“Sistemas de valores en la España de los 90”*.

– ELZO Javier *“Actitudes de los jóvenes españoles frente al tema religioso”*, (páginas 253-334) en Pedro González Blasco,(dir), Francisco Andrés Orizo, Francisco Javier Elzo Imaz, José Juan Toharia Cortés, *“Jóvenes Españoles 89”* Edit. Fundación Santa María. Ediciones S.M. Madrid 1.989. 380 páginas.

– ELZO Javier (dir), Francisco Andrés Orizo, Pedro González Blasco, Ana Irene Del Valle. *“Jóvenes Españoles 1.994”*,Fundación Santa María. Editorial S.M. Madrid 1.994. 269 páginas.

– ELZO, J. (DIR), ANDRÉS ORIZO FR., GONZÁLEZ-ANLEO J., GONZÁLEZ BLASCO P., LAESPADA M.T., SALAZAR L. *“Jóvenes Españoles 99”*. Fundación Santa María. Ed. S.M. Madrid 1.999, 492 páginas.

– ELZO, J. *«Jóvenes y religión: comportamientos, creencias, actitudes y valores*. En Revista de Estudios de Juventud. Nº 53, junio de 2001, páginas 19-32. Edita Instituto de la Juventud (Injuve). Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Madrid. 2001.

– ESTER, P. HALMAN, L. DE MOOR, R (ed.), *“The individualizing Society. Value Change in Europe and North America”*, Tilburg University Press, 1993.

– INGLEHART, R. *“Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades”*. CIS, Monografías. Madrid, 1.998.

c) Estudios sociológicos

– CAMPICHE Roland J. (director) *“Cultures jeunes et religions en Europe”*, Ed du Seuil. Paris. 1997.

– FUTURIBLES Nº200 (Juillet-Août, 1995). *“L’Evolution des valeurs des Européens”*. París 1.995.

– FUTURIBLES Nº 260 (Janvier, 2001). "L'univers des croyances". París 2001.

– MEGÍAS E. (dir.), "Valores sociales y drogas". Eusebio Megías (dir), Domingo Comas, Javier Elzo, Ignacio Megías, José Navarro, Elena Rodríguez, Oriol Romaní. Edita FAD, Madrid 2001. 382 páginas.